

# *Teorías de arquitectura prehispánica en mesoamérica, y su aplicación en la región oaxaqueña \**

Bernd FAHMEL BEYER

*(Universidad Nacional Autónoma de México)*

Antes de hablar de método y teoría en el análisis de la arquitectura oaxaqueña, pensamos que es necesario distinguir claramente entre estos dos conceptos y el de paradigma, y por otra parte aclarar la relación entre hipótesis y teoría. En forma sucinta se podría decir que un paradigma corresponde a lo que ha sido nombrado la *Weltanschauung* de un pueblo, y es definido por Kuhn para el ámbito científico como «el conjunto recurrente y quasi-estandarizado de ilustraciones conceptuales, observacionales e instrumentales» en un momento histórico dado (Kuhn, 1970: 43). La(s) teoría(s), en cambio, son un elemento explicativo del por qué de esta situación.

Para llegar a una explicación hay que partir de hipótesis; y como la verdad es multifacética así lo serán las hipótesis.

Ahora bien, en la arqueología mesoamericana por lo general han sido manejados conjuntamente los tres conceptos —paradigma, teoría e hipótesis— cayéndose a veces bajo la dictadura de un determinado paradigma. Esto no sólo ha circunscrito las explicaciones a una visión particular sino que ha obstruido el planteamiento de hipótesis alternas enmarcadas dentro de otras concepciones. Un ejemplo de tal camisa de fuerza es la Arqueología Oficial Mexicana (Gándara, 1977); otro es la arqueología culturalista boasiana. De ahí, que lo que se maneja como hipótesis de trabajo frecuentemente sólo sea una búsqueda de confirmaciones de proposiciones previas, o un parcheamiento de huecos entre cultura y cultura. En muchos casos a este quehacer se le sobrepone un análisis funcionalista de monumentos y artefactos, que busca el respaldo en técnicas sofisticadas y elaborados procedimientos de laboratorio (que no se han de confundir con las técnicas iniciales de prospección).

---

\* Presentado en el I Coloquio Hispano Mexicano de Teoría y Método en Arqueología. Avila, España, 1988.

A continuación discutiremos como han sido empleados los diferentes conceptos dentro del contexto de la arqueología y arquitectura oaxaqueñas, por lo que dividiremos este trabajo en dos partes: una teórica y otra metodológica.

## I. EL TEMPLO PREHISPANICO

Para los conquistadores del siglo XVI, extraídos de un mundo profundamente religioso, el punto focal de las ceremonias religiosas se encontraba en el altar. De ahí que, al describir los monumentos del nuevo mundo, Motolinia escribiera:

«la manera de los templos de esta tierra de Anahuac, o Nueva España, nunca fue vista ni oída, así de su grandeza y labor, como de todo lo demás; y la cosa que mucho sube de altura también requiere tener gran cimientto; y de esta manera eran los templos y altares de esta tierra... Llámense estos templos teucallis, y hallamos en toda esta tierra que en lo mejor del pueblo hacían un gran patio cuadrado... En lo más eminente de este patio hacían una gran cepa cuadrada y esquinada... y como la obra iba subiendo, ibanse metiendo adentro... esto es, el cimientto ancho y yendo subiendo la pared iban ensangostando... A la parte de occidente dejaban las gradas... y arriba en lo alto hacían dos altares... y cada uno por sí tenía sus paredes y casa cubierta como capilla» (Motolinia, 1973: 50).

Dentro de este relato el templo prehispánico no merece atención por sí mismo y por lo que es, sino por sus diferencias con respecto al templo cristiano. Este último, sin embargo, no es más que un albergue para el altar —concepto y función que no podemos asumir para los teucallis.

De creación más reciente es el paradigma que ve en los basamentos un elemento puramente escenográfico. A lo que Motolinia nombrara capilla ahora se le nombra templo; al mismo tiempo —y esto quisiera que alguien me lo explicara— por lo reducido de esta construcción se le aplica el término de templo a toda la plaza frente al basamento. De esta manera, los creyentes/espectadores habrían podido observar esplendorosas ceremonias y espectáculos efectuados en lo alto del teucalli por sacerdotes ricamente ataviados.

Estas ideas tan diferentes no se deben a una simple contradicción teórica, sino a una contraposición paradigmática. Como ambas visiones derivan de contextos histórico-políticos específicos cabe preguntarse: ¿cómo fue que vieron al teucalli los pueblos prehispánicos? ¿cómo se explicaban ellos la necesidad de construir determinado elemento arquitectónico?

De algunas referencias coloniales sobre el mundo azteca podemos inferir que lo importante de los templos prehispánicos no era lo que se encontraba en lo alto, sino que era el basamento mismo. A este respecto señala Sahagún:

«Teucalli o casas reales de los dioses. Hechas a manera de torres macizas a las cuales se sube por unas gradas hechas de abajo hasta arriba. En lo alto de esta torre estaba un edificio como capilleta donde estaba la imagen del ídolo a quien ella era dedicada, sobre un altar al que llamaban momoztli» (Sahagún, 1963: 269).

En este sentido, algunos autores recientes han pretendido ver un monte en lo que es el basamento, y una cueva en lo que son las habitaciones encontrando justificación para ello en diversas representaciones dentro de los manuscritos coloniales (véase, por ejemplo, Schavelzon, s. f.: los petrograbados de Chalcatzingo, las casas-monstruo en el Códice Borgia, el Chicomoztoc en el Códice Durán o Rollo Selden, y edificios de Malinalco y Chicanna). Acá también podría hacerse referencia al término *Altepetl* (agua-monte en nahuatl), traducido al castellano por Molina como pueblo o rey (Molina, 1970: 4). ¿Acaso hubo un vínculo entre el montículo —a veces situado sobre un tumba dinástica—, el concepto de rey y éste como jefe de pueblo? Quizá.

El Teocalli, empero, no fue el único lugar de adoración entre los pueblos nahuas del altiplano, pues también había el Teopan (Sahagún, 1963: 270), edificio con salones colocado a nivel de tierra, al cual podía entrar toda la gente. Motolinía describe en su visita a Oaxaca los edificios de Mitla como «un templo del demonio y aposentos de sus ministros, muy de ver, en especial una sala como de artesones... (Motolinía, 1973: 138). Al parecer, se trataba de un teopan que posibilitaba el contacto entre el sacerdocio y el pueblo.

Este ejemplo, tomado de la cultura nahuatl —a la que supuestamente mejor se conoce de las culturas mesoamericanas— indica que para entender y explicar la arquitectura y los elementos asociados a ésta es menester conocer lo más posible el paradigma de los sujetos bajo estudio. ¿De cuantos paradigmas, sin embargo, tenemos noticia, y cuantos hubo a lo largo del período prehispánico? La variedad en el tipo de basamentos mesoamericanos representa un reto para el arqueólogo actual, mismo que quizá pueda enfrentarse mediante la analogía etnográfica bien encauzada, la etnoarqueología y rigurosas teorías de rango medio.

Ahora bien, hemos tocado brevemente el papel del sacerdocio al hablar del Teopan. Entre las actividades que las fuentes consignan para los ministros tenochcas están, esencialmente, los servicios a la comunidad (bautizo, matrimonio, divinación, etc.). Estos quehaceres, eminentemente prácticos, pocas veces se mencionan al hablar de los sacerdotes mayas, a los que aún se representa con frecuencia subidos en las pirámides y observando los cielos nocturnos. Esta oposición «funcional», como la de los basamentos, también es ficticia pues deriva de proposiciones paradigmáticas distintas.

¿Cuál sería, entonces, la imagen más completa del ministro prehispánico? Si pensamos en el papel político de muchas instituciones religiosas,

que resulta del tipo de información que manejan los sacerdotes, es indispensable asignarles a éstos un papel importante en la toma de decisiones. Esto no es nada nuevo; lo que habría que explicitar es el tipo de decisiones que éstos tomaban y como se implementaban. Para los valles centrales de Oaxaca, Blanton y sus colegas han propuesto un modelo de desarrollo muy simple, con cambios globales en el asentamiento dentro de la región debidos a razones varias. La razón principal habría sido el agotamiento de las tierras en determinados sectores, lo que habría obligado a toda la población a trasladarse a nuevos ámbitos geográficos (Blanton *et. al.*, 1982).

Este planteamiento «catastrofista» ha sido cuestionado ya en otras ocasiones, buscándose soluciones menos drásticas mediante un modelo que propone una serie de arreglos menores y constantes entre las diversas localidades de una región, ocupadas simultáneamente. A lo que vamos es que los sacerdotes debieron tener la facultad de evaluar situaciones económico-políticas globales, y llegar a decisiones que junto con las decisiones geo-políticas de los militares aseguraron la estabilidad de las formaciones sociales en cuestión. En este sentido, las deficiencias de cada localidad, ya sea en recursos naturales o humanos necesarios para el trabajo y la defensa habrían sido contravenidas mediante la conciliación religiosa interétnica y los matrimonios dinásticos. Volveremos a este punto cuando toquemos los análisis regionales.

Por el momento las consideraciones anteriores nos devuelven a la pregunta: ¿cómo hemos de ver a los sitios arqueológicos? ¿qué paradigma(s) imperaron? ¿en qué momento y cómo fueron cambiando e integrándose «nacional» e «internacionalmente»? Si no empezamos por estas preguntas poco entenderemos de la dinámica real de los antiguos sistemas mesoamericanos.

## II. LA ARQUITECTURA MONUMENTAL Y LA JERARQUIZACIÓN DE SITIOS

De lo señalado en la primera sección de este trabajo se desprende una avalancha de cuestiones de índole metodológica. Para ver como han sido tratadas organizaremos las más importantes en orden cronológico, refiriéndonos en especial a la arqueología oaxaqueña.

Una vez que se dejó de considerar a la arquitectura prehispánica como material de construcción o como fuente de tesoros, pasó a ser un valioso elemento para la reconstrucción y comprensión de antiguas formas de vida. Así, en su *Descripción de las Antigüedades de Xochicalco* de 1791, Alzate se preocupó por los «Monumentos de Arquitectura» señalando que «un edificio manifiesta el carácter y cultura de las gentes». Sin embargo no abordó la forma de arribar a esta meta.

Durante el siglo XIX el paradigma de los conquistadores instó a la ela-

boración de tipologías formales dentro de las cuales todo edificio que tenía visos de templo (o sea, que tenía un basamento elevado) fue clasificado como tal y contrastado con los edificios bajos de índole palaciega. Como consecuencia, la proporción de montículos religiosos y seculares pasó a ser un indicador del carácter del sitio en cuestión. Los monumentos fueron restaurados como testigo del esplendor de las culturas teocráticas o militares, y colocados dentro de horizontes-estilo, artísticos y culturales.

El hallazgo de amplias zonas habitacionales alrededor de los centros ceremoniales o fortalezas sobre todo desde mediados de este siglo no cambió mucho, en un principio, la metodología de análisis global de la arquitectura, pero sí indujo al cambio paradigmático. Siguieron y siguen reconstruyéndose edificios según su tipo, y contrastándose con otras estructuras. Pero al cuestionarse el concepto de centro ceremonial vacío y no llegarse a explicar la dinámica entre el pueblo y los habitantes de los grandes monumentos cobró vigor el paradigma actual de índole ceremonialista-populista.

Cuando los arqueólogos empezaron a buscar información fuera de los sitios y a recorrer regiones enteras, el volumen de la arquitectura, junto con las tipologías cerámicas y constructivas pasó a ser indicador de la relación entre sitios, y la posición de éstos en las jerarquías administrativas. Ejemplos claros de esto los tenemos en los trabajos realizados en la Cuenca de México y los valles centrales de Oaxaca (Blanton *et al.*, 1982).

Aplicado a escala menor, en 1978 Blanton propuso para Monte Alban una democracia representativa con 13 barrios, donde la extensión espacial de los barrios, reconstruida mediante polígonos de Thyssen, habría correspondido en proporción al volumen de los monumentos localizados al centro de éstos y al tamaño (o volumen) del montículo que habría representado al barrio en la plaza ceremonial.

Muchos de estos análisis regionales o de sitio han llegado a ser invalidados con el tiempo. Se ha demostrado, por ejemplo, que la plaza de Monte Alban (y quizá la porción central de Teotihuacan) estuvo cerrada hacia el exterior, y que el esquema de democracia de Blanton resulta ser demasiado simplista (Santley, 1980).

Si los edificios de la plaza reflejan un subsistema cultural es probable que los grupos de montículos fuera de la plaza, formalmente distintos, representen otros subsistemas, quedando oscuro aún como interactuaban unos y otros entre sí. Resulta prematuro especular sobre ello, pues además de esto sólo el 3 % del sitio ha sido excavado. Falta reconocer la variabilidad dentro del registro arqueológico y determinar la temporalidad de las superposiciones que en total comprenden una duración de aproximadamente ochocientos años.

En cuanto a la verticalidad dentro de un sistema regional, cabe recordar que Hardoy alguna vez señaló que no sólo bastaba considerar el volumen y el estilo, sino que era menester demostrar la existencia de edifi-

cios del mismo tipo en ambos extremos de la vertical. Este argumento, sin embargo, también ha resultado dudoso. Durante la época Monte Alban V, en el valle de Tlacolula Mitla, Yagul y Matatlán compartieron varios elementos arquitectónicos, al grado de duplicarse un edificio de Mitla en Yagul (o viceversa). Sin embargo, no se reconoce jerarquía alguna entre estos sitios; aunque este tipo de edificios es más numeroso en Mitla, este sitio presenta un patrón de asentamiento, costumbres funerarias etc. que se distinguen claramente de los de Yagul.

Por otra parte, y regresando a lo que se dijo antes sobre la contemporaneidad de fases distintas, en el mismo Monte Alban se encuentran diversos tipos de patrones en una misma época, lo que indica gustos mezclados, o ajustes y adaptaciones paradigmáticas a través del tiempo. Si en los valles encontramos alguno de estos patrones fuera de la época cerámica a la que fueron asignados en un principio, ¿qué hacer? ¿Significa que el elemento perduró en el tiempo, o que hubo una relación sincrónica entre estos sitios de dos «épocas» diferentes, e incluso una relación jerárquica insospechada? Este es el caso de las estructuras del tipo Sistema IV de Monte Alban de la fase IIIb, localizadas también en Lambityeco durante la época IV y en Guiengola en época cercana a la conquista. Dentro del paradigma de los cambios bruscos este elemento ampararía una larga tradición; pero si hacemos caso a una serie de elementos arqueológicos compartidos por las épocas IIIb y IV, además de la complementariedad geográfica de los asentamientos de ambas fases, tendríamos razón en proponer un sacerdocio mediador dentro de una amplia y diversa época arqueológica. No podemos hablar de jerarquías, empero, ya que la semejanza cultural no implica una relación política directa (véase el caso de Mesopotamia).

Puede que con una reagrupación de épocas y fases no se logre mucho por el momento. Sin embargo es una posibilidad a la que apunta el análisis multivariado, dentro del cual el papel de la arquitectura es uno junto al de los demás materiales arqueológicos. Sobre todo es una forma de llegar a problemas y preguntas tales como: ¿Cuáles son los fenómenos que producen y afectan a los materiales arqueológicos, y cuáles los ritmos de evolución y cambio de cada uno? ¿Cómo se refleja la identidad étnica en los materiales arqueológicos? ¿Qué fue lo zapoteco, o lo mixteco, dentro de un mar de gentes que convivieron en la misma región geográfica?

Ya que no se pretende resolver toda una problemática cultural al mismo tiempo, es necesario volver a nuestro ámbito de estudio particular. En resumen podríamos señalar la urgencia de plantear preguntas relevantes, enmarcarlas dentro de paradigmas específicos, y pensar en hipótesis y métodos idóneos a su solución. El campo de la arquitectura monumental quizá sea difícil de trabajar por su tamaño y complejidad; esto, sin embargo, no es disculpa para dejarlo rezagado, o tratarlo en forma simplista y al aventón. Aunque en la arqueología mesoamericana la exploración de

grandes estructuras tiene una larga tradición, lo que se sabe de ellas es muy poco aún. Falta mucho por hacer.

## **BIBLIOGRAFIA**

ALZATE Y RAMIREZ, J. A.:

- 1791 «Descripción de las Antigüedades de Xochicalco»; suplemento al n.º 31 de la *Gaceta de Literatura*. México.

BLANTON, R. E.:

- 1978 *Monte Alban. Settlement Patterns at the ancient Zapotec capital*. Academic Press. New York.

BLANTON, R. E.; S. KOWALEWSKI; G. FEINMAN, y F. APPEL:

- 1982 *Monte Alban's Hinterland. Part I: the prehispanic settlement patterns of the central and southern parts of the valley of Oaxaca, México*. Memoir, n.º 7, Museum of Anthropology, University of Michigan. Ann Arbor

DIBBLE, Ch. E., y A. J. O. ANDERSON:

- 1963 *Florentine Codex*, by Fray Bernardino de Sahagún, Book 11 — Earthly Things, Monograph n.º 14, part 12, of the School of American Research and the Museum of New Mexico. Santa Fe.

GÁNDARA VÁZQUEZ, M.:

- 1977 *La Arqueología Oficial Mexicana*. Tesis de maestría en Antropología. ENAH, UNAM. México.

KUHN, T. S.:

- 1970 *The structure of scientific revolutions*. The University of Chicago Press. Chicago.

MOLINA, Fray Alonso de:

- 1970 *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*. Editorial Porrúa S. A. México.

MOTOLINIA, Fray Toribio:

- 1973 *Historia de los Indios de la Nueva España*. Colección Sepan Cuantos, n.º 129. Editorial Porrúa S. A. México.

SANILLY, R.:

- 1980 «Disembedded capitals reconsidered», en *American Antiquity*: vol. 45, n.º 1, pp. 132-145.

SCHAVELZON, D.:

- s. E. *Templos, Cuevas o Monstruos*. Ediciones de la Revista Punto de Partida, n.º 15. UNAM. México.